

denominados “cinas”, rematados por el espantapájaros, formado por dos palos en forma de cruz con una chaqueta y sombrero viejos.

Trillar consistía en hacer la paja cortando el tallo y sacar el grano de la espiga.

Por la mañana se echaba la parva, extendiendo los haces de forma circular en el centro de la era, se desataban y, con una horca de madera, se “esparvaba”, esparciendo las espigas y se dejaba calentar durante la hora de mediodía.

Por la tarde, a las tres, “se enganchaban las mulas”, poniéndoles los arcos apropiados como las “trilladeras”, que eran unas largas tiras de material que iban desde el cuello de la mula hasta el balancín que se enganchaba en la argolla metálica del trillo.



El trillo era un tablero con la parte delantera un poco curvado hacía arriba y algunas pequeñas sierras metálicas y numerosas chinas de pedernal muy afiladas en la parte de abajo para cortar. Todos los años iban los de Cantalejo a revisar y reponer las piedras que faltaban.

Más tarde llegaron los trillos de disco, con unas sierras circulares que cortaban más y mejor en menos

tiempo.

Se estaba toda la tarde dando vueltas con el trillo para que se cortaran todas las pajas, intentando pasar por todos los sitios tirando del ramal de la mula para que fuese por dentro o soltando a la vez que se decía “fuera”. A veces se iban demasiado fuera y se salían de la parva y había que reconducirlas.

Dos o tres veces en la tarde se “daba vuelta a la parva”, operación que consistía en echar las pajas hacía un lado para sacar las más largas por encima. Cuando ya estaba casi todo cortado “se echaban las volvederas”, para sacar las pajas más grandes. Las volvederas eran unos grandes medios aros de hierro terminados en una pequeña ruedecilla también de hierro que iban enganchados en la parte trasera del trillo, vueltas hacía adelante cuando no se utilizaban.

De vez en cuando había que “meter las orillas”, es decir, llevar hacía dentro las pajas que se salían de la parva con el rastrillo.

A media tarde se llevaba la merienda a la era para que los trilladores merendaran a la sombra de la “cina”, o en algunos casos, en el interior de una cueva, donde se guardaba el botijo con el agua y el botillo de vino. La merienda consistía en huevos y chorizo fritos que iban dentro de una fiambarrera de aluminio con unos originales ganchos para cerrarla y se llevaba en una cesta de mimbre tapada con un trapo de cuadros rojos y blancos atados al asa.

A pesar de que era una faena muy monótona y molesta porque picaba el polvo, sobre todo el de la cebada lailla, se realizaba cantando y hablando con los de las eras vecinas, era la única actividad en la que también participaban los niños.

Cuando se terminaba de trillar se “soltaban las mulas” quitándoles los arcos y se recogía la parva haciendo un gran montón en el centro, primero con una rastra de